

Para este fin se anuncia y se hace saber que la V. Mesa del Tercer Orden de N. S. P. S. Francisco de esta ciudad se encargará, por medio de una comisión que se nombrará de entre los individuos que la componen, de repartir entre los pobres de esta ciudad las limosnas que se recojan para el Pan de S. Antonio.

Y el R. Padre Delegado General de la Orden, que reside en el Colegio Pio Mariano, recogerá los nombres de las personas que quieran inscribirse en la Pía Unión los remitirá á Roma, para que sean inscritos allá en el centro principal de la asociación, á fin de que participen de las indulgencias que esta tiene concedidas por el Sumo Pontífice; y á su tiempo se comunicarán todas las instrucciones que fuere necesario para obtener cumplidamente el fin de la asociación y todas las gracias anexas.

Fr. Antonio de J. Muñoz y Ortiz,
Delegado General.



EL PAN DE SAN ANTONIO.

I.

QUÉ es el pan de San Antonio?

El pan de San Antonio es un pan milagrosísimo que sirve para alimentar el estómago de los pobres, para iluminar la cabeza de los ricos, para consolar el corazón de los tristes y para alentar las esperanzas de todo el mundo.

—¡Hombre! ¡Admirable pan!

—Pues no menos admirable es la manera como lo amasa Dios.

Van Vds. á ver qué modo tan sencillo tiene Dios de arreglar todas nuestras cosas y qué poco necesita su providencia para resolver de una plumada lo que hoy llaman la cuestión social. Porque supongo que Vds. habrán oído hablar de la cuestión social; ese problema morrocotudo que hace

temblar las carnes de las gentes que llevan la camisa limpia, al par que hincha las venas del cuello á los que no la tienen, para pedir á grito pelado, no sólo la camisa, sino el gabán y los pantalones del vecino.

Pues bien; digo que verán Vds. qué traza tan fácil ha dado Dios para resolver este gravísimo negocio, al que no han podido hincar el diente los estadistas más afamados de la tierra.

Discurramos antes un poco sobre el asunto.

Que los hombres no nacen todos iguales, cosa es que salta á la vista, porque los unos nacemos tontos, los otros listos; los unos sanos, los otros enfermos; los unos fuertes y robustos, los otros débiles y desmedrados. Ahora bien; dada esta nativa desigualdad humana, desigualdad que á mi vecino Colás le hacia cavilar hasta devanarse los sesos, por lo cual un chusco le hizo unos versos que decían:

Cuentan de un tonto que un día
los sesos se devanaba
de tanto que cavilaba
pensando esta tontería:
“¿por qué el Señor nos haría
desiguales? ¿Que rareza!”
—Pues ¡menuda es la simpleza!
—contestaron sus dos pies:—
Si andas, Colás, ¿por qué es?
Porque no somos cab.za.

Dada esta nativa desigualdad de fuerzas, repito, es muy lógico que á ella siga la desigualdad de fortunas, y que en el mundo haya pobres y ricos, tanto mas ricos ó mas pobres, cuanto sean mayores ó menores las condiciones que tenga cada cual para capitalizar el fruto de sus aptitudes.

Pero la ciencia moderna, ciencia casi tan buena como la cabeza del buen Colás, se empeñó hace tiempo en buscar tres pies al gato y resolver el intrincado problema, inventando primero los falansterios de Fourier, y luego soñando con una legislación socialista que había de igualar la humanidad, como el alcalde del cuento igualó á sus subordinados mandando hacerles los zapatos á la misma medida. Vana quimera; ni Fourier, ni el alcalde de la historia han conseguido, ni conseguirán jamás, que dos y dos dejen de ser cuatro y que el pez grande deje de tragarse al pequeño. Solo hay un medio de arreglar el negocio, y ese no consiste en evitar la *antropofagia* económica, consecuencia ineludible de la desigualdad de fuerzas digestivas, sino en hacer que los gordos ayuden con su gordura á los flacos, ó, lo que es lo mismo, que los ricos auxilien á los pobres, movidos por el resorte de la caridad cristiana, fuerza equilibrante sin la cual la armonía económica

del mundo es tan imposible como lo sería la de la naturaleza si se suprimiera el calor del sol.

¿Pero quién pone el cascabel al gato?—preguntarán mis lectores;—¿quien mete el sol en el corazón de los ricos?

Aquí entra San Antonio con su pan.

Sabido es que el corazón humano es de suyo interesado y egoista; hacer el bien por el bien mismo es sólo cosa de santos. Esto debió tenerlo en cuenta San Antonio bendito, cuyo amor al pobre es harto proberbial, como lo reza su responsorio.

Si buscas milagros, mira
muerte y error desterrados,
misericordia y demonio huidos,
leprosos y enfermos sanos.

El mar sociega su ira,
redímense encarcelados,
miembros y bienes perdidos
recobran mozos y ancianos.

El peligro se retira,
los pobres van remediados, etc.

Pobres, enfermos, encarcelados, leprosos, miserables, gente que no tiene nada que perder, porque lo ha perdido todo, he aquí la clientela del Santo abogado de los des-caminados, que sin duda en el cielo no hace otra cosa que pedir á Dios por parroquianos.

—Señor—exclamaria un dia el Santo levantando sus ojos á Dios; yo no sé lo que pasa en la tierra, pero estoy observando que desde que han empezado en ella á hablar de fraternidad, al pobre que cae ni la caridad lo levanta. Hay que tomar alguna disposición porque eso de los pobres y de los ricos se está poniendo muy mal.

—Antonio—debió contestarle el Señor;—ya sabes que te quiero y que dispones de mis cosas como tuyas; haz lo que te parezca.

—Pues lo que me parece es que si yo hago llover maná sobre mis pobres defendidos como lo hicisteis llover Vos sobre el pueblo de Israel, á la altura á que se han puesto las cosas, serian capaces los sabios y poderosos de la tierra de inventar máquinas para recogerlo ellos solos aunque se les pudriera. O le impondrian una contribución despampanante: ó harian cualquier otra diablura para quitarselo á los hambrientos antes de que se lo llevaran á la boca, como acontece con el maná natural de los frutos de la tierra que cada día abunda más y cada día los pobres lo disfrutan menos. Creo que lo mejor sería (ya que Vos me habéis otorgado tan liberalmente la facultad de remediar las necesidades humanas) imponer yo una contribución á mis favores para que esa contribución recaiga en provecho de

los pobres; á ver si alguna vez les salen á estos las cuentas derechas.

—Bien pensado, Antonio.

—Desde hoy, milagro que yo haga se ha de pagar. No me he de contentar ya con suspiros y oraciones y la bolsa quieta. Aceptaré las oraciones y aun las impondré, pero acompañadas de un tributo que ha de ir directamente al estómago de mis amigos: un tributo de pan.

—¡Magnífica idea!

—De esta manera conseguiré varias cosas. Primera, duplicar las obras de caridad; pues el que me pida un favor tendrá que retribuirlo haciendo él á su vez otro en provecho del necesitado. Segunda, despertar la fe en el corazón de los incrédulos, pues la multiplicación de mis prodigios hará ver palpablemente vuestro divino poder. Y tercera, dejar resuelto en principio ese problema social de que hablan tanto los *bachilleres* de la tierra, y demostrar como dos y dos son cuatro, que para que en el mundo reine la *igualdad* y la *fraternidad*, lo que falta no es inventar constituciones nuevas, sino cumplir la antigua que establecisteis Vos en el Sinaí mandando amaros á Vos sobre toda las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

—Antonio, estás inspirado; pon manos á la obra.

Y San Antonio las puso, como se verá por los capítulos siguientes.

II.

Origen de la Obra.

HACE unos cinco años (Marzo de 1890) una piadosa señora de Tolón, dueña de una modesta tienda de lienzos situada en la calle de Lafayette, al abrir su almacén observó que había perdido la llave. Llamado el cerrajero, probó éste cuantas llaves maestras tenía en su taller, y no logrando su objeto, trató de descerrajar la puerta; mas la señora Luisa Bouffier, que así se llamaba la dueña del establecimiento, acordándose en aquel instante de San Antonio de Padua, sintióse movida á ofrecerle una limosna de pan en favor de los pobres si se abría el almacén, sin arrancar la cerradura.

—Aguarde Vd., maestro—dijo—acabo de ofrecer una limosna á los pobres si San Antonio hace un milagro; pruebe V. de nuevo cualquiera de las llaves que acaba de usar.

Hízolo así y la primera llave que introdu-

jo abrió la puerta sin ofrecer la mas pequeña resistencia.

Grande fué la sorpresa y la gratitud de la piadosa señora Bouffier, y no menos la admiración de las personas que presenciaron el suceso, tanto que algunos días después eran ya muchas las que acudían á San Antonio en sus necesidades, ofreciendo limosnas de pan, y que, cumplido sus deseos, cumplan ellas por su parte dando de comer al hambriento.

Una amiga de la Señora Bouffier, testigo de los primeros milagros, hizo promesa de dar un kilogramo de pan diario durante toda su vida si lograba que cierta persona de su familia abandonase un vicio que desde antiguo le esclavizaba. A poco la gracia fué concedida, el vicio desapareció, y la señora, además de comenzar á cumplir puntualmente su promesa, compró una estatua de San Antonio y se la regaló á la señora Bouffier para que la colocase en un cuarto de la trastienda convertido en improvisado oratorio.

A contar desde ese día fueron innumerables las gentes que comenzaron á acudir á aquel rinconcillo á pagar al Santo los favores y gracias recibidas. Ya era un soldado ó un oficial de marina que, partiendo para largo viaje, había prometido á San

Antonio cinco francos mensuales de pan si regresaba sin accidente alguno, y lo había logrado. Ya era una madre que había pedido y obtenido la salud de su hijo ó el buen éxito de un exámen; ya era una familia que había solicitado la conversión de una persona querida que iba á morir; ya era una pobre criada sin colocación ó un obrero sin trabajo que habían visto satisfechas sus aspiraciones. Cuantos ofrecían limosnas de pan para los necesitados, obtenían favores á manos llenas.

Era muy natural que las limosnas crecieran.

Algún tiempo después ascendía ya á dos mil reales el importe del pan que la señora Bouffier repartía mensualmente á los pobres.

LA OBRA SIGUE CRECIENDO.

Durante el año 1890 y parte del 91 la señora Bouffier siguió recogiendo las limosnas depositadas en el cepillo de San Antonio sin llevar cuenta ninguna. Cada semana vaciaba la caja, compraba el pañ y lo enviaba á la Congregación de las Hermanitas de los pobres. Al principio apenas bastaba para abastecer á todos los enfermos de este asilo; pero á poco creció tanto el ingre-

so diario, que la buena señora tuvo que establecer una contabilidad.

He aquí sus primeras cifras, recapituladas por años:

Año 1892	Pesetas	5.443,90.
„ 1893	„	38.481,85.
„ 1894	„	108.506

¿Puede darse nada mas asombroso?

¿En un año, y en un solo cepillo, recoger San Antonio *veinte mil cuatrocientos duros* para darlos en pan á sus pobres?

¡Poder de la fé! ¡Poder de la religión! Poder de lo sobrenatural!

III.

La Correspondencia del Pan.

Era natural que no solo en Tolón sino en Francia y en el mundo entero, al tenerse noticia de los prodigios que obraba San Antonio en favor de los devotos que le ofrecían limosnas para dar de comer al hambriento, se despertase el fervor, creciese la confianza, cundiese el entusiasmo y de todas partes lloviesen cartas con donativos para la nueva obra.

Pero esto iba á traer otro apuro á la señora Bouffier. ¿Qué hacer con tanta carta?

Nada arredró, sin embargo, á esta mujer fuerte, elegida por San Antonio para administrar sus intereses.

Para no grávar las limosnas recibidas con los gastos de correo, ofreció la señora Bouffier contestar ella toda la correspondencia y aun poner el franqueo de su bolsillo. Lo único que hizo fué procurarse algún descanso los días que se veía muy abrumada, pidiendo á San Antonio que hiciese venir muchas cartas anónimas para no tener que contestarlas y descansar.

¡Qué sencillez y qué alientos inspira la fé!

Luego surgió otro peligro. Las cartas venían casi todas con valores; ya eran libranzas, ya billetes de banco. Calcúlese, dada la universal codicia y los adelantos en . . . el arte de abrir cartas, los inconvenientes que esto ofrecía. Pero la señora Bouffier encomendó tambien al Taumaturgo de Padua este problema postal, y las cartas y sus valores no se perdieron ni se pierden.

Y es que San Antonio es un axcelente cartero, como lo prueba el hecho siguiente, ocurrido á principios de este siglo, y que queremos recordar aquí,

IV.

San Antonio Cartero.

Antonio Dante, comerciante de Oviedo, capital de las Asturias, en España, habíase marchado á la América del Sur. La mayor parte del tiempo residía en Lima (Perú) donde le detenían sus negocios. Su muger, Francisca, habíale escrito varias cartas sin recibir contestación ninguna, lo que le tenía en la mayor inquietud.

Bajo esta impresión fuese un día á la Iglesia de San Francisco de Oviedo, en la que se venera una antigua y grande estatua de San Antonio.

En su ingenua confianza coloca en manos del Santo una nueva carta dirigida á su marido: "Santo mfo, le dice, haced, os lo suplico, que ésta le llegue, y que tenga la dicha de recibir pronto su contestación.

Al día siguiente vuelve á hacer la misma súplica; mas al fijarse en la imagen del Santo, observa que tiene una carta en su mano.

Creuyendo sin duda que era la que le habia entregado la víspera, pónese á gemir y quejarse en alta voz:—¡Oh! ¡San Antonio bendito! ¿Por qué guardas una carta que escribo á mi marido, en vez de hacer que lle-

gue á su poder como tanto os lo había suplicado? ¡Ah, no me habeis escuchado, no me habeis consolado en mi tristeza!

En esto el Padre sacristán que había oído sus ayes, acércasele preguntándole el motivo de su pena.

Cuéntaselo la mujer. Mas el Padre, que en efecto y no sin sorpresa, había reparado que la estatua tenía una carta en la mano, anímalala á que la coja, confesándole que en él en vano había tratado de hacerlo. Obedece la atribulada esposa, y sin el menor trabajo despréndese la carta, al tiempo mismo que de las mangas salen trescientas monedas de oro que vienen á caer á sus pies.

Admirado el sacristán apresúrase á dar parte del hecho milagroso al convento; tras él acuden los Religiosos, que rodean el altar, y en su presencia ábrase y léese la prodigiosa carta, que decía así:

«Mi querida esposa: Tiempo hacía que me encontraba en Lima muy preocupado por no recibir noticias tuyas, cuando tu carta ha venido á traerme la tranquilidad y alegría; es un Padre de la Orden de San Francisco quien me la ha entregado.

«Te quejas de que dejo tus cartas sin contestar, cuando es así que te puedo asegurar que no he recibido desde que estoy aquí nin-

guna tuya: tanto es así, que ya te daba por muerta; por lo que, al recibir esta última mi alegría ha sido inmensa.

«Te contesto por el mismo Religioso que me la traído y por él te envió trescientos duros en oro que bastarán para tu mantenimiento hasta mi próxima llegada.

«En la Esperanza, pues, de verme pronto á tu lado, pido al Señor te sea favorable, encomendándome mucho á mi Santo y Patrón, y deseando ardientemente sigas escribiéndome con frecuencia. Tu entrañable esposo, ANTONIO DANTE.—Lima, 23 de Julio de 1729.»



Proporciones colosales.

EL grano de mostaza del Evangelio se hizo un árbol tan frondoso que á su sombra anidaban las aves del cielo.

El Pan de San Antonio ampara hoy á tanto hambriento que es un pasmo; porque no solo acuden á él los hambrientos del cuerpo sino los del alma.

Hé aquí las obras que se sostienen de este Pan sólo en la diócesis de Frejus.

Hermanitas de los pobres de Tolón y Draguignan.

Casas de huérfanos de la Seyne, d'Hyères de la Navarre, de Saint Cyr de Cuers, de Draguignan y de la Villa de Lerines.

La casa de la Providencia, de Tolón.

La casa del Buen Pastor.

La de las arrepentidas.

Dos comedores de caridad.

La asistencia á los niños

Los huérfanos del hospicio civil.

Ocho comudidades de clausura, sumamente pobres.

Veinte obras de caridad de otras varias clases.

La Conferencia de San Vicente de Paul, de Tolón.

Las de extramuros.

Y la obra de las señoras que visitan las buhardillas.

Y esto en una sola diócesis de Francia.

¿Qué será, pues, en el resto del mundo por donde corre ya como chispa eléctrica la nueva devoción?

La señora Bouffier, en 28 de Marzo de 1893, escribía á un P. Capuchino: «¡Oh!, si esta devoción del Pan de los pobres se estableciera en todos los pueblos, ella salvaría á la Francia, porque la caridad cubre la multitud de los pecados.»